JOSE MARTÍ Y LA REALIDAD AMERICANA DE SU TIEMPO

¿A dónde va la América y quien la junta
y guía?. Sola, y como un solo pueblo, se
levanta. Sola pelea, vencerá sola.

José Martí: *Madre América*

En el centenario de la muerte de José Martí resulta oportuna la reflexión sobre algunos aspectos de su pensamiento. A través fundamentalmente de crónicas, artículos periodísticos y documentos políticos el líder cubano plasmó un proyecto para América original y comprometido, que mantiene intacto en nuestros días lo esencial de su mensaje. La relación directa que, a su vez, todo ello tuvo con la suerte de la que fue la última colonia española en América corrobora la pertinencia de las líneas que siguen. Lo que para España fue el fin de un imperio colonial, el desastre del 98, en Martí aparece como la consumación de la independencia que no pudo alcanzar Simón Bolívar, el triunfo de la causa de la liberación de los pueblos sobre la opresión colonialista.

José Martí nació en 1853 y murió en 1895. Durante ese período América vivió una serie de cambios y transformaciones radicales. Se trata de una época clave de su devenir histórico donde se configuraron muchos de los rasgos que hasta el presente la caracterizan. Entre ellos sobresalen fundamentalmente dos: Uno, la concreción de una dualidad política, social, económica y cultural del

continente; otro, el desarrollo de un proyecto oligárquico que acentuó la situación de dependencia del ámbito iberoamericano y abrió las puertas a una progresiva deuda externa. El año de 1853 marcó el fin de la etapa caudillista, dando paso a un nuevo período dominado por el triunfo del liberalismo. Por su parte, 1895 representó el desmoronamiento de las últimas posesiones ultramarinas españolas y las primeras manifestaciones del voraz imperialismo norteamericano. Entre una y otra fecha transcurrió la trayectoria vital de Martí quien reaccionó ante la nueva realidad y frente a ella elaboró su propio discurso, cuyo contenido ideológico es plenamente válido un siglo después.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX la realidad americana se fue perfilando cada vez con mayor nitidez en dos bloques, Estados Unidos e Iberoamérica. Se trata de dos procesos históricos distintos que culminan con la hegemonía y control del primero sobre el segundo. Los Estados Unidos vivieron en 1853 la euforia de su reciente triunfo sobre México, lo que supuso, entre otras cosas, tal como se contempla en la paz de Guadalupe-Hidalgo (1848), una importante expansión territorial a costa de la maltrecha república mexicana. Casi de forma simultánea afrontaron el gran debate interno sobre la esclavitud, que finalmente les llevó a la Guerra de Secesión (1861-1865). Tras ella, se puso en marcha un incontenible proceso de expansión económica y una meteórica carrera por la dominación de los mercados exteriores. Ya en 1880 eran visibles los signos del imperialismo monopolista y la primacía del sector financiero norteamericano sobre cualquier otro. Los efectos en el ámbito iberoamericano no ofrecen duda al respecto y ponen de manifiesto el alcance del expansionismo del norte y el progresivo desplazamiento de la zona de Inglaterra y Francia. Sirva como ejemplo la evolución del valor de las exportaciones de EEUU a Iberoamérica. En 1820 el monto de dichas exportaciones era de 70 millones de dólares; en 1880 ascendía a 835; en 1900 superaba los 1.394 y en 1920 era más de 8.000[1].

Semejante avance capitalista fue además sustentado por una ideología que hundía sus raíces en los postulados que Monroe ya formulara en los años 20. Pero ahora la "doctrina Monroe" adoptó una formulación más agresiva enmarcada en una conciencia general de misión histórica, de predestinación singular, que el periodista John L. O'Sullivan bautizó con el nombre de *Destino Manifiesto*[2]. En suma, los Estados Unidos se arrogaron unilateralmente el papel

(1) BOERSNER, Demetrio: *Relaciones internacionales de América Latina.* Caracas, 1986, p. 190.

(2) Véase LAFEBER, Salter: *The New Empire. An interpretation of American Expansion, 1860-1898.* Ithaca, 1967.

de árbitros de las relaciones americanas con facultad de intervenir para preservar los intereses del continente de las apetencias occidentales. Fue en este contexto donde se fraguó la I Conferencia Internacional Americana, celebrada en Washington en 1889. Su objetivo final no era otro que la formación de un sistema panamericano —tanto de índole económica como política— dirigido por Estados Unidos. Bajo el pretexto de que aquella Conferencia contribuía a la solución de los conflictos interamericanos y garantizaba la paz en Iberoamérica, subyacía la idea de la defensa de los grandes intereses norteamericanos[3]. Las palabras pronunciadas en aquella ocasión sobre la no existencia de un "espíritu de conquista", sino por el contrario, el avance hacia "la comprensión mutua entre las dos partes del continente", no pudieron hacer olvidar los serios peligros que la propuesta representaba. En 1895, en efecto, los Estados Unidos habían dado ya sobradas muestras de su incontenible deseo de control económico y arbitraje político sobre la organización internacional americana. La crítica de José Martí a este nuevo panamericanismo constituye uno de los pilares fundamentales de su pensamiento y a ella me referiré más adelante.

Por su parte el bloque iberoamericano evolucionó de forma muy diferente. A partir de los años 50 comenzaron a superarse los problemas derivados del caudillismo que atenazó a las recién nacidas repúblicas e impidió su estabilidad política[4]. La caída del general Santa Anna en México y de Juan Manuel de Rosas en Argentina, dos de los máximos exponentes de la dictadura de esos momentos, dio paso a la aparición de gobiernos de corte civilista y a la consolidación del Estado. La favorable coyuntura internacional, —mejor disponibilidad de capitales para su inversión en estos países y mayor capacidad europea para absorber la producción iberoamericana— contribuyó sin duda al nuevo ordenamiento. La revolución liberal europea de 1848 influyó directamente en el ambiente político iberoamericano y dio origen a un proceso de fermentación ideológica, base de la realidad histórica inmediata. Tal movimiento fue obra de una generación formada en el liberalismo europeo, partidaria de Comte y de Spencer, que proyectó países en los que el militarismo y el clericalismo no tenían cabida. Su hispanofobia les llevó a responsabilizar a España de todo lo negativo de sus repúblicas.

(3) BOERSNER, Demetrio: *Op. cit.*, pp. 192-195.

(4) Desde una perspectiva global, pueden abordarse estas cuestiones en BUSHNELL, David y MACAULAY, Neill: *El nacimiento de los países latinoamericanos*. Madrid, 1989; de forma más específica, en Lynch, John: *Caudillismo en América.* Madrid, 1992.

El año del nacimiento de Martí coincide precisamente en Argentina con la aprobación de un nuevo texto constitucional, fiel reflejo de cuanto se ha señalado. Otro tanto cabe decir para el caso mexicano con la constitución sancionada en 1857.

Sin embargo, la adopción de los principios librecambistas representó para Iberoamérica el establecimiento de vínculos más estrechos de dependencia. En el marco de un sistema neocolonial estos países se convirtieron en productores de materias primas para las industrias europeas y consumidores de las manufacturas del viejo continente, principalmente de Inglaterra, Francia y Alemania. El sector comercial creció de forma espectacular pero acentuó los desequilibrios internos. Tras la fachada de una economía creciente se ocultaba la realidad de una política de préstamos que dejó a aquellos gobiernos a merced de las iniciativas extranjeras. Las décadas que siguieron a 1880 significan la apertura total a Europa y el triunfo del proyecto oligárquico, es decir, la consolidación del orden neocolonial y la dependencia, así como la hegemonía de una clase social, la oligarquía —terratenientes, grandes comerciantes y banqueros—, más proclive a mantener su papel de intermediario que a defender los intereses nacionales[5]. La idea de progreso y desarrollismo caló profundamente en los gobiernos de la época. En su nombre se llevó a cabo una ambiciosa política de modernización tecnológica —siempre con capital extranjero—, o una remodelación urbana que atentó gravemente contra la antigua traza colonial. La difusión del positivismo, como ciencia política, sirvió para definir la nueva nacionalidad y sobre todo para sustentar las llamadas "dictaduras de orden y progreso" o "tiranías honradas", mezcla de caudillismo y espíritu progresista. Tal fue el caso de Porfirio Díaz, en México, de Guzmán Blanco, en Venezuela o de Justo Rufino Barrios, en Guatemala. Esos mismos principios supusieron una constante amenaza para la población indígena. Enarbolando la bandera del desarrollo y del progreso, los gobiernos expulsaron de sus tierras a las comunidades indígenas recluyéndolas en áreas marginales[6].

Tal situación difícilmente podía ocultar la realidad de profundos desequilibrios regionales, económicos y sociales. Así lo puso de manifiesto

(5) Sobre las características de este período y la singularidad del proyecto oligárquico puesto en práctica, véase CARMAGNANI, Marcelo: *Estado y sociedad en América Latina, 1850-1930.* Barcelona, 1984; CORTÉS CONDE, Roberto: *Hispanoamérica: la apertura al comercio mundial, 1850-1930.* Buenos Aires, 1974.

(6) Las características e implantación de la filosofía positivista en América han sido bien estudiadas por ZEA, Leopoldo: *El positivismo mexicano: nacimiento, apogeo y decadencia.* México, 1968; *Filosofía de la Historia americana.* México, 1978, pp. 244-265.

Leopoldo Zea cuando al respecto escribió: “Se han formado oligarquías que acaparan los negocios públicos para mejor servir sus negocios económicos. No faltan tampoco nuevas formas de tiranía, como la de Porfirio Díaz en México. Los ferrocarriles y las industrias crecen, pero se encuentran en otras manos que las hispanoamericanas. La burguesía en Hispanoamérica no es otra cosa que un instrumento al servicio de la gran burguesía europea y norteamericana que le ha servido de modelo. Nuevamente aparece el espíritu colonial y con él todos sus repudiados defectos. El liberalismo y la democracia continúan estando muy lejos de sus modelos; no son otra cosa que nombres con los que se siguen ocultando viejas fórmulas de gobierno. Las mismas fuerzas coloniales continúan ejerciendo su predominio, aunque hayan cambiado de lengua y de ropaje”.

Este breve bosquejo de la realidad americana contemporánea de José Martí permite comprender el sentido de su actuación y calibrar con mayor detalle la singularidad de sus ideas. Porque, en efecto, Martí levantó su voz contra el peligro norteamericano y contra las oligarquías dependientes. Nadie como él para alertar sobre la naturaleza expansionista de los Estados Unidos, gracias a la larga estancia que vivió en este país. Nadie como él para vislumbrar la amenaza que la clase dirigente de las nuevas repúblicas representaba para la consolidación de una América auténtica. Su discurso, profundo y comprometido, enlaza con muchas de las propuestas que ya habían esbozado los grandes líderes de la independencia, particularmente Simón Bolívar. Pero, por otro lado, su posición es portadora de una asombrosa actualidad por lo premonitorio de sus afirmaciones y por el acierto con que supo diseccionar los sucesos de su tiempo, hoy plenamente corroborados a la luz de la realidad cotidiana de Iberoamérica.

José Martí conoció desde muy joven los rigores de la persecución política al sumarse a la causa revolucionaria del 68, tras sus primeras publicaciones en las revistas *El Diablo Cojuelo* y *La Patria Libre.* En efecto, fue condenado a seis años de presidio que, sin embargo, le fueron conmutados por el destierro a España a donde llegó en 1871. De aquella amarga experiencia escribió un alegato titulado *El presidio político en Cuba,* su primera obra de envergadura. En ella ya aparece, aunque de forma tímida, su convicción sobre la necesidad de transformar la situación colonial y buscar la unión de los cubanos para alcanzar su independencia.

El verdadero conocimiento de esa América que le preocupa y de la que dice “se considera hijo y a ella se debe” lo obtuvo a través de sus viajes por diferentes repúblicas: México, Guatemala, Venezuela o los Estados Unidos. En 1875 se había establecido en tierras mexicanas y se hallaba comprometido con la restauración republicana de Lerdo de Tejada, una vez claudicado el efímero

imperio francés de Maximiliano. Su actividad periodística en la *Revista Universal* le permitió exponer sus ideas y conocer de cerca los sucesos de otras partes del continente. La cuestión social le atrajo sobremanera y la marginación del indio se convirtió en una obsesión constante. Las páginas que le dedicó están llenas de cariño y de admiración, hasta el punto que, tras su paso por Guatemala, no dudaría en elevarlo a la categoría de genuino representante de América. Su compromiso con los oprimidos alcanzó también al problema de los artesanos y a las reivindicaciones de los obreros, llegando a justificar en sus artículos el derecho a la huelga. En México Martí maduró conceptos básicos de su pensamiento como el indigenismo, la defensa de los más débiles o el antiracismo. Además pudo reflexionar sobre la naturaleza de una democracia real y efectiva cuando Porfirio Díaz accedió al poder, derrocando a Lerdo de Tejada e inaugurando un largo período de dictadura y caudillismo. Sin embargo, sus reiteradas críticas al nuevo régimen le colocaron en situación difícil y forzaron su salida hacia Guatemala.

En este país centroamericano encontró un cálido recibimiento. Bajo el impulso liberal de Justo Rufino Barrios, Guatemala vivía un ambicioso programa de modernización que en lo educativo cautivó a Martí. Durante algún tiempo su actividad como profesor le permitió llevar una vida tranquila y sin grandes contratiempos. Más aquella situación fue efímera. Las contradicciones del régimen y la solidaridad que dispensó a su amigo Izaguirre le convencieron para salir de la república. Su estancia, no obstante, sirvió para conocer el pasado del país y ahondar en la importancia del mundo indígena. Éste se le mostró con toda su fuerza y le inspiró las sentidas páginas que luego publicó bajo el título de *Las ruinas indias.*

Su presencia en Venezuela en 1881 constituye un paso más en el conocimiento de la realidad americana que tanto le preocupó. La admiración que profesó por el libertador Bolívar era profunda y se identificó totalmente con él cuando advirtió del peligro que se corría al imponer sistemas que no se correspondieran con la naturaleza de las nacientes repúblicas. Vinculado a los círculos liberales y literarios, Martí fundó la *Revista Venezolana* que sólo alcanzó los dos primeros números. La dictadura de Guzmán Blanco truncó la nueva experiencia y ante la manifiesta oposición a la misma —similar al rechazo de los caudillismos de Porfirio Díaz y Rufino Barrios— determinó tomar rumbo hacia Nueva York a mediados de ese mismo año. Por entonces su formación política había madurado considerablemente. La idea de una América profunda (la del indio, el mestizo, el inmigrante,...) aparece bastante más conformada. Era la alternativa a esa otra América entregada a los modelos europeos y en manos de gobiernos extranjerizantes. De Venezuela salió con la certidumbre de emprender la misión, el grandioso

proyecto, que le ocupó hasta su muerte, esto es, la fundación de la verdadera América. Como un claro homenaje a este país —en carta a su amigo Aldrey, director de *La Opinión Nacional*—escribió al respecto: "De América soy hijo; a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna... Déme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo"[7].

Los casi tres lustros que permaneció Martí en Estados Unidos fueron decisivos para comprender su verdadera identidad. El análisis de las fuerzas sociales norteamericanas, el candente problema obrero, la cuestión negra y, sobre todo, la evidencia de una agresiva política imperialista constituyen los ejes sobre los que giró su intensa actividad a lo largo de esos años. Nadie como Martí para señalar los peligros que acechaban a Iberoamérica y sobre los que previno de forma reiterada. Por otro lado, su prestigio se extendió por toda la geografía americana. Uruguay, Paraguay y Argentina le nombraron cónsul y sus artículos se difundieron en más de una veintena de periódicos. Todos ellos transmitían un cántico a la libertad y una amarga queja por los pueblos que carecían de ella. Los trabajos encaminados a la independencia de Cuba, por su parte, se hicieron cada día más intensos con desbordantes escritos de verdadero espíritu revolucionario.

Abandonó definitivamente Estados Unidos para culminar la obra que puso en marcha Bolívar, a la que denominó *segunda independencia* de América. Ya en Cuba tomó parte directa en la insurrección que él mismo había organizado contra España. Sin apenas tiempo para calibrar el alcance de la revolución, el 19 de mayo de 1895 fue abatido en el campo de batalla. Su muerte, lejos de crear un vacío ideológico, pasó a ser el símbolo de la unidad y fortaleció el espíritu de la resistencia. El sacrificio no había sido inútil y, junto al héroe, quedaron sus textos, aquéllos en los que plasmó sus inquietudes, sus temores y, de manera singular, su idea de la verdadera América.

¿Cómo era ésta en el pensamiento de Martí? ¿Cómo comprendió la realidad de su tiempo?. Existe bastante unanimidad entre los estudiosos a la hora de afirmar que la original visión martiana está ya definida en torno al año 1890. Una fecha clave por cuanto se sitúa en la coyuntura de la Conferencia de Washington y entre dos trabajos señeros y clarificadores como pocos: *Madre América* (1889) y *Nuestra América* (1891). Frente a la realidad de una América que deambula desde el colonialismo europeo al imperialismo norteamericano, Martí propuso otra América diferente, autóctona. El discurso sobre esa

(7) MARTI, José: *Política de nuestra América.* México, 1977. (Edición de Roberto Fernández Retamar), p. 58.

América pivotó, en suma, sobre dos elementos fundamentales. El primero, la contraposición con la "América europea"; el segundo, la actitud agresiva y dominante de Estados Unidos.

Los antecedentes de la idea pueden remontarse a 1877 coincidiendo con su estancia en Guatemala. Allí tomaron cuerpo sensaciones ya captadas anteriormente en México y pudo definir con mayor nitidez el carácter específico de las nuevas repúblicas.

> "Interrumpida por la conquista —escribe en "*Los códigos nuevos*"— la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la ingerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de la libertad desenvuelve y restaura su alma propia... Toda obra nuestra, de nuestra América robusta, tendrá, pues, inevitablemente, el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones y, si herido, no muerto. ¡Ya revive![8].

Su idea de una América nueva, mestiza, maduró a medida que fue indagando en la realidad histórica de aquellas naciones. El paralelismo con los planteamientos bolivarianos nos parece evidente. Recuérdense a este respecto las palabras del Libertador en la *Carta de Jamaica:* "No somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles"[9].

El indio y su estado de postración desempeñaron, como se ha dicho, un papel crucial en la conformación americana. Martí sostuvo que la situación que padecía era consecuencia tanto de la conquista y colonización españolas, como de la política practicada por los criollos tras la independencia. La causa indígena está plenamente incorporada al pensamiento martiano y, como afirma A. Sacoto, fue defendida por Martí contra la injusticia y la miseria que le circunda[10]. De ahí su denuncia y su crítica; de ahí su profunda admiración por la raza caída. La

(8) MARTI, José: *Obras completas.* La Habana, 1963-73, T. VII, p. 98.
(9) BOLÍVAR, Simón: *Escritos políticos.* Madrid, 1975, p. 69.
(10) Véase SACOTO, Antonio: *El indio en el ensayo de la América española.* Madrid, 1971, p. 61.

experiencia mexicana y guatemalteca con todo su esplendoroso pasado prehispánico resultaron, sin duda, determinantes para la definitiva integración del indio en la América que él soñaba. Las páginas que le dedicó rebosan sentimiento y dolor, siendo al mismo tiempo una verdadera elegía a la "raza artística, inteligente y limpia" de la que habla en *Las ruinas indias*:

> "No habría poema más triste y hermoso que el que se puede sacar de la historia americana. No se puede leer sin ternura, y sin ver como flores y plumas por el aire, uno de esos buenos libros forrados de pergamino que hablan de la América de los indios, de sus ciudades y de sus fiestas, del mérito de sus artes y de la gracia de sus costumbres... Ellos imaginaron su gobierno, su religión, su arte, su guerra, su arquitectura, su industria, su poesía..."[11].

La conquista trastocó todo y dejó al indio en un estado deplorable que le inspiró una prosa sentida y llena de sugerentes metáforas:

> "De cantos tenía sus caminos el indio libre, y después del español no había más caminos que el que abría la vaca husmeando el pasto, o el indio que iba llorando en su treno la angustia de que se hubiesen vuelto hombres los lobos. Lo que come el encomendero, el indio lo trabaja; como flores que se quedan sin aroma, caen muertos los indios; con los indios que mueren se ciegan las minas..."[12].

Qué lejos de los planteamientos de aquella generación europeista —a la cabeza Sarmiento— para la que el indio sólo es un elemento que obstaculizaba el progreso, la representación de la "barbarie" frente a la "civilización" y cuya eliminación, en consecuencia, estaba justificada como un mal necesario[13]. Martí impugnó desde muy temprano esta tesis y desde luego nunca aceptó que la barbarie fuera sinónimo de lo autóctono, ni que la civilización lo fuera de lo que provenía de Europa. La civilización no era primacía de lo extranjero. Al contrario, su idea de América trataba de armonizar ambos elementos, dando origen a las nuevas nacionalidades. De ahí su insistencia cuando señala:

(11) MARTI, José: *Las ruinas indias*, en *Política de nuestra América*, pp. 78-79.
(12) MARTI, José: *Madre América*, en *Ibidem*, p. 46.
(13) Las tesis de Domingo F. SARMIENTO quedan recogidas en sus trabajos: *Facundo. Civilización y barbarie.* Madrid, 1970; *Conflicto y armonía de las razas en América.* Buenos Aires, 1946. Para un estudio más detallado, véase Sacoto, A.: *Op. cit.*, pp. 34-42.

> "¿En qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas... No hay batalla entre civilización y barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza"[14].

Martí defendió los elementos naturales y censuró a los gobiernos que los menospreciaban y atacaban. La verdadera América sólo podría lograrse mediante la incorporación del indio. "La inteligencia americana es un penacho de plumas", afirmó en clara alusión a las culturas azteca y maya. Aún más, el futuro de las repúblicas lo concibió efectivamente vinculado al de la propia población aborigen y por ello concluyó que "hasta que no se haga andar al indio no comenzará a andar América". La actitud martiana ante la causa indígena acentuó su beligerancia con los gobiernos de aquel tiempo y con la oligarquía que los sustentaba. En su opinión todos habían perdido la identidad nacional para convertirse en meros intermediarios del imperialismo extranjero. El mensaje que transmite José Martí es que la fundación de la verdadera América no puede hacerse sobre la base de esas oligarquías pseudonacionalistas que desdeñan lo autóctono. La América europea imperante era ajena por completo a las raíces del continente, y ello implicaba, como tarea urgente, la divulgación de los rasgos propios y un cambio de talante de aquellos gobiernos. Con claridad expositiva y contundencia se suceden estas afirmaciones en *Nuestra América*:

> "El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país... Conocer es resolver. Conocer el país y gobernarlo conforme al conocimiento es el único medio de liberarlo de tiranías... Los políticos nacionales han de reemplazar a los exóticos... Los gobernadores en las repúblicas indias aprenden indio"[15].

La orientación social de su pensamiento le movió a tomar claro partido por los oprimidos, con los que "había que hacer causa común para afianzar el

(14) MARTI, José. *Nuestra América*, en *Política de nuestra América*, pág. 38.
(15) MARTI, José. *Op. cit.*, pp. 39-42.

sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores"[16]. Emblemático es ya este fragmento de los *Versos sencillos*:

> Con los pobres de la tierra
> Quiero yo mi suerte echar.

La América de Martí es antiracista —"No hay odio de razas, porque no hay razas", decía— y está formada por las capas populares. Su concepción descansa sobre la base de la no discriminación racial y gira en torno a un movimiento revolucionario que une a la clase trabajadora y clase media nacionalista contra la clase terrateniente en una política de descolonización antiimperialista y de condena al capitalismo[17].

Si importante fue para Martí resaltar los rasgos autóctonos de su América frente a los modelos europeos, no menos lo fue el énfasis puesto en prevenir del peligro que representaban los Estados Unidos en el desarrollo de las repúblicas iberoamericanas. En consecuencia, una parte sustancial de sus escritos hace referencia directa a este problema hasta el punto que, de hecho, constituyen una línea básica de su pensamiento. La dialéctica entre las dos Américas adquirió precisamente una dimensión excepcional con motivo de la I Conferencia Internacional Americana cuyas sesiones tuvieron lugar en Washington entre el 20 de octubre de 1889 y el 19 de abril de 1890.

En efecto, su fe en una América auténtica le llevaron a denunciar los planes de dominio económico, intervencionismo militar e injerencia política que aquélla ocultaba. Los textos de ese tiempo revelan lo profundo de esa obsesión y lo premonitorio de sus afirmaciones. En este sentido, la actualidad de Martí radica precisamente en el hecho de haberse adelantado a prevenir contra los peligros del imperialismo y haber puesto de manifiesto sus verdaderos fines.

En numerosos artículos periodísticos de diferentes países —muy relevantes los publicados en el bonaerense *La Nación*— dejó patente su rechazo al desarrollo de las sesiones de la Conferencia, haciendo un vivo llamamiento a la unidad iberoamericana para frenar el avance neocolonialista de Estados Unidos.

> "Jamás hubo en América, —escribe— de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos

(16) *Ibidem,* p. 41.
(17) COLE, G.D.H.; *Historia del pensamiento socialista.* México, 1960, T. IV, p. 287.

> potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia"[18].

Su lectura pone de manifiesto la nitidez con que percibía las consecuencias del mismo y la debilidad de algunos países para hacer frente a las presiones.

> "Los peligros –añade- no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar. Lo primero en política, es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo, sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio"[19].

Cuando en enero de 1891 se reunió la Conferencia Monetaria Internacional Americana, que continuaba los debates de la anterior, Martí asistió a sus sesiones como representante de Uruguay y se destacó como uno de los protagonistas más activos. Ahora pudo exponer directamente sus opiniones contradiciendo las tesis inicialmente presentadas por Estados Unidos sobre comercio y creación de una unión aduanera. Recelando de las

(18) *La Nación*, (Buenos Aires), 19 de diciembre de 1889, en MARTI, José: *Política de nuestra América*, p. 152.
(19) *Ibidem*, p. 153.

intenciones norteamericanas, se interrogaba si los Estados Unidos podían convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil o si convenía a ésta la unión política y económica con aquéllos. Su respuesta no ofrece duda:

> "Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político, cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él... El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios"[20].

Todavía un año antes de su muerte insistía en un artículo publicado en su periódico, *Patria*, que "es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos"[21]. Tomados en su conjunto, los escritos martianos sobre las Conferencias de Washington dejan patente su decidida actitud antiimperialista y las ideas que en ellos se vierten preludian acontecimientos hoy reconocibles con facilidad.

La refutación del imperialismo conlleva una visión geopolítica. El equilibrio entre las dos Américas lo sitúa Martí en las Antillas. Ellas constituyen el fiel de la balanza y la garantía de independencia. "Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América", escribía a Federico Enriquez Carvajal[22]. Así pues, la independencia de Cuba aparece en su pensamiento no sólo como una lucha contra el colonialismo español en la isla o como un rechazo al fenómeno caudillista, sino también como una defensa contra la política expansionista de Estados Unidos y una afirmación de la independencia de toda Iberoamérica. Así lo puso de manifiesto con vehemencia en sus reflexiones sobre los retos del Partido Revolucionario Cubano en el tercer año de su existencia cuando afirmaba:

> "Con esa reverencia entra en su tercer año de vida, compasiva y segura, el Partido Revolucionario Cubano, convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de

(20) *La Revista Ilustrada*, Nueva York, mayo de 1891, en MARTI, José: (Política de Nuestra América), p. 206.

(21) "La verdad sobre los Estados Unidos". *Patria*, Nueva York, 23 de marzo de 1894, en REDONDO DE FELDMAN, S. y TUDISCO, A.: *José Martí. Antología crítica.* Nueva York, 1968, p. 177.

(22) Carta a Federico Henríquez Carvajal, Montecristi, 25 de marzo de 1895, en MARTI, José: *Política de nuestra América,* p. 272.

> asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de la América libre”[23].

La herencia de los primeros libertadores vuelve a ser, de nuevo, tangible. Resulta revelador la coincidencia de ideas entre Bolívar y Martí acerca de la necesaria unidad del continente para poner freno al imperialismo y la crítica al mismo. “Los Estados Unidos —escribía Bolívar a Campbell en 1829— parecen destinados por la Providencia para plagar América de miserias a nombre de la Libertad”. Ahora José Martí retoma los planteamientos bolivarianos de libertad para consumar la empresa que dejó inacabada el venezolano. En plena campaña militar —casi presintiendo su muerte— escribió a su amigo Manuel Mercado una carta de la que entresacamos estas frases:

> “Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”[24].

José Martí, desde su profunda convicción y amor por América, propuso un modelo más revolucionario que ningún otro pensador iberoamericano del siglo XIX. Su proyecto político contemplaba una sociedad no elitista, popular y democrática, que aspiraba a la independencia económica. La visión histórica que tuvo acerca de la América de su tiempo le llevó a plasmar un cuerpo doctrinal novedoso, de gran transcendencia y que, pasado un siglo de su formulación, sigue teniendo vigencia. La lucha contra el imperialismo, la defensa de las capas populares o la fundación de una América auténtica y libre son todavía hoy anhelos no alcanzados. De ahí la actualidad de su pensamiento.

Miguel Molina Martínez

(23) Patria, 17 de abril de 1894, en *Ibidem,* p. 272.
(24) Carta a Manuel Mercado. Dos Ríos, 18 de mayo de 1895, en *Ibidem,* p. 321.

RESUMEN

Se cumple ahora el centenario de la muerte de José Martí y su pensamiento mantiene bastante vigencia. La imagen de la nueva América que él soñó es analizada en este artículo. Por un lado, una América diferente a la proyectada por las oligarquías dependientes de Europa; por otro, la América auténtica, amenazada por el expansionismo norteamericano. Junto a ello está la reivindicación del indio, al que convirtió en eje fundamental de su discurso. Martí censuró la realidad americana de su tiempo y elaboró un conjunto de ideas que entroncan con las de los líderes de la independencia, Bolívar, y contienen una asombrosa actualidad, a la luz de las tensiones contemporáneas de Iberoamérica.

ABSTRACT

Now the 100 anniversary of the death of José Marti is celebrated, but his thought is still having a lot of validity. The image of the new America he dreamt of is analyzed in this article. On the one hand, there is a different America from the one planned by the oligarchies depending on Europe. On the other hand, we found the authentic America, threatened by the North American expansionism. Along with this, there are claims of the indigens rights, which become the essential part of Marti's speech. Marti censored these American contemporary realities and made a whole of ideas related with those of independence leaders, such as Bolivar. These ideas, that still have great importance at the time, come to light when the situation in Marti's contemporary America was tense.